



*entre Nosotras*

**entre Nosotras**

**entre Nosotras**

**entre Nosotras**

**entre Nosotras**

**entre Nosotras**

**entre Nosotras**

**entre Nosotras**

**entre Nosotras**



©1996 by **Kat Martin**  
©2007 Editorial entreLlibros, Barcelona.

Colección: *entre Nosotras*  
Título original: Midnight Rider

Primera edición: septiembre 2007

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del <Copyright>, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos

ISBN: 978-84-96517-31-8  
Printed in Spain- Impreso en España  
Romanyà-Valls-Capellades, Barcelona  
Deposito legal: B-

KAT MARTIN

*El jinete de medianoche*

Traducción de O. Luis Molina





*entreNosotras*



En memoria de mi tío, Joaquín Sánchez, uno de los grandes vaqueros norteamericanos, de su padre, Pete, y de estos hombres que fueron los últimos vaqueros.

Un agradecimiento especial para mi esposo, por su ayuda en éste y en todos mis libros. Te quiero, cariño. Eres el viento bajo mis alas.





¿Qué dicen las campanas de San Juan  
a los hombres que pasan bajo ellas?

No más de lo que el viento dice a las hojas  
O la corriente a los guijarros,  
En el fondo de los arroyuelos

Ha caído la capilla que abriga las campanas  
Las campanas ya están verdes de óxido.

Pero aún se escucha el eco,  
El sonido del tiempo que cruza las edades.

Poema español  
Anónimo



❧❧❧ CAPITULO 1 ❧❧❧

California, 1855

Caralee McConnell detuvo la vista en los adornos resplandecientes que brillaban a la luz de la antorcha. Los círculos brillantes parecían condecoraciones colocadas a lo largo de las largas y esbeltas piernas del español.

Llevaba una corta chaqueta de jinete, bordada hasta sus anchos hombros, con hilo de plata. Al extremo de sus ceñidos pantalones de montar un destello de raso rojo resaltaba sobre las cuidadas botas negras, hechas del más fino cuero cordobés.

Carly observaba al alto caballero español, que se mantenía en la sombra, conversando animadamente, en el patio, con su tío, Fletcher Austin, y con otros hombres. Incluso en la oscuridad, bajo los enormes aleros de roble tallado de la gran casa de adobe, podía distinguir su espléndido perfil que la luz y las sombras acentuaban.

Carly sabía quién era, por supuesto. Oopesh, una de las criadas indígenas, se lo había dicho. Y Candelaria, su joven criada, parecía desmayarse cada vez que se mencionaba su nombre. Don Ramón De la Guerra era el propietario de un pequeño terreno contiguo al Rancho de los Robles, la hacienda de su tío y la nueva casa de Carly. Ella nunca había conocido a un verdadero caballero español, aunque al fin y al cabo, este hombre era su vecino.

Se ajustó la cinta de raso verde oscuro que llevaba al cuello y alisó la parte delantera de su escotado vestido de seda verde esmeralda, cuya amplia falda seguía los cánones de la última moda. Era un regalo de su tío, quien afirmó haber elegido el color para que resaltara el verde de sus ojos y los matices castaños de su cabello.

Era el vestido más hermoso que había tenido nunca. Las hileras de lazos de volantes destacaban su finísima cintura. También, pensaba con timidez destacaban sus altos y redondos pechos. Este vestido le daba la confianza que necesitaba, la ayudaban a olvidar que solo era la hija de un minero de Pennsylvania.

Carly se acercó a los hombres.

Un tal Hollingworth estaba hablando. Era un hacendado cuyas tierras se extendían hacia el norte.

—No sé lo que pensáis vosotros —decía—, pero ya he soportado demasiado tiempo esta insolencia. Este hombre es un bandido. No es mejor que Murieta, o que este Jack García ni que ningún otro despreciable bandolero que haya rondado por estos cerros. Ese bastardo merece que lo ahorquen.

—Lo ahorcaremos —escuchó que decía su tío—. De eso podéis estar seguros...

Fletcher Austin era más alto que los demás hombres, pero no tanto como el español. Vestía un elegante y caro esmoquin marrón oscuro con amplio cuello de terciopelo y una inmaculada corbata de lino blanco.

—¿Qué os parece, don Ramón?

La pregunta era de Royston Wardell, el banquero de San Francisco que se ocupaba de las finanzas de su tío. A su lado estaba un poderoso empresario, William Bannister, y su hijo Vincent, de treinta años.

—Sois un hombre educado, un hombre culto y refinado —continuó el banquero— y seguro no aprobáis la conducta de ese bandido, aunque sea...

Wardell se interrumpió. El cuello se le enrojeció sobre el blanco almidonado de la camisa.

Carly se detuvo un instante para escuchar la respuesta que iba a dar Ramón De la Guerra, sabía que hablaban de un bandido que se

hacia llamar El Dragón. Había oído a los sirvientes susurrar su nombre. Pero su tío lo pronunciaba sin el menor respeto.

—¿Aunque sea... quien, señor Wardell? —preguntó amablemente De la Guerra, aunque sus palabras denotaban cierta tensión—. ¿Un hombre de mi gente? ¿Quizás un hombre de sangre española?

Sacudió la cabeza, el fuego se reflejó en su pelo de ébano, ondulado y ligeramente largo.

—Que sea un californiano no le hace menos culpable... aunque quizás me parezca que su causa es justa —concluyó el español.

—¿Justa? —repitió su tío— ¿Es justo robar lo que otro hombre ha ganado trabajando duro? ¿Secuestrar inocentes y asesinar incautos? Este hombre es un villano, no es más que un asesino y un ladrón. Ya ha asaltado tres veces el Rancho de los Robles. Os juro que la próxima vez lo mató.

A Carly le habría gustado escuchar la respuesta del español, pero su tío la había visto.

—Ah, Caralee querida.

Su tío había interrumpido la conversación sonriendo, pero ella advirtió la dura mirada que intercambio con De la Guerra. Agregó enseguida:

—Me preguntaba dónde estabas.

Carly se situó a su lado aceptando el brazo que su tío le ofrecía.

—Lo siento, tío Fletcher. Todavía no estoy acostumbrada a estas reuniones tan tardías. Aún estoy un poco cansada por el viaje.

Trató de no mirar al español, ni las largas piernas esbeltas, ni las estrechas caderas, ni esos hombros casi tan anchos como los mangos de hacha que los vaqueros utilizaban para atizar las llamas bajo el buey que estaban asando.

—Te comprendo, querida. Cinco meses a bordo de un clíper y pasando por el Cabo de Hornos... Recuerdo muy bien lo agotador que resulta viajar.

Su Tío era un hombre de poco más de cincuenta años, con pocas señales de vejes, solo algunas canas en el pelo. Mantenía firme el mentón y el estómago plano. Era tan sólido como la tierra que

pisaba, tan imponente como los enormes robles que daban nombre a su rancho.

—Quizás debiéramos haber esperado y celebrado esta fiesta un poco después, pero deseaba tanto que conocieras a algunos de mis amigos...

Carly sonrió. Ella también estaba ansiosa por conocerlos, especialmente a ese hombre tan alto y tan guapo.

—Estoy bien. Sólo necesitaba descansar un momento.

No dijo nada más, esperando que la presentara al único varón que aún no conocía. Su tío vaciló más de lo que debiera, se sonrojó, murmuró algo inaudible y finalmente dijo:

—Discúlpame querida. Había olvidado que no te hemos presentado a nuestro invitado. Don Ramón De la Guerra, ¿puedo presentaros a mi sobrina, Caralee McConnell?

—Carly —corrigió ella, con una sonrisa tendiendo su mano cubierta por un guante blanco al atractivo español. Su tío frunció el ceño. La sonrisa que Carly recibió de parte del caballero fue deslumbrante, un resplandeciente relámpago blanco contra su piel morena, una sonrisa tan rebotante de atractivo masculino que el corazón de Carly empezó a latir más deprisa.

—Me siento honrado, señorita McConnell.

Tomó la mano, la alzó levemente y le rozó los dedos con la boca. Mantuvo sus ojos oscuros fijados en su rostro. Un calor la abrazó lentamente desplazándose por su brazo y filtrándose por todo su cuerpo. A Carly le costó mantener un tono neutral.

—El gusto es mío, señor De la Guerra.

Durante los últimos cuatro años, había estado estudiando español. Desde la muerte de su madre, el hermano de su madre, el tío Fletcher, se había convertido en su tutor. Había dispuesto que asistiera en Nueva York a la Escuela para señoritas de la señora Stuart. Carly había rezado para que algún día su tío la llamara a su lado, al Oeste y finalmente lo había hecho cuando cumplió dieciocho años.

El caballero español arqueó una delgada ceja negra ante la correcta pronunciación de sus palabras.

—Estoy impresionado, señorita. ¿Habla español?

—Muy poquito, señor, y no como me gustaría —le contestó, pero desconcertada de pronto, preguntó: no comprendo por qué su acento es tan diferente del mío—.

—Es porque nací en España —le dijo sonriendo. Carly habría jurado que se le veía más alto todavía—. Lo que escucha es una ligera inflexión de Castilla. Crecí en California, pero regresé a España, hice gran parte de mis estudios universitarios en Madrid.

—Comprendo.

Carly esperaba que no se diera cuenta, que ella había pasado la mayor parte de su vida en Pennsylvania, en un pueblo miserable, cerca de la mina. Había crecido entre el carbón y las privaciones, junto a un padre que trabajaba catorce horas diarias hasta que una explosión de gas metano, lo mató. Y después junto a una madre que se mataba fregando suelos para que pudieran comprar la comida indispensable.

Decidida a que ni siquiera lo sospechara, intentó seguir la conversación en el tono sofisticado que había aprendido en la escuela de la señora Stuart.

—Europa —dijo, arrastrando las palabras—. ¡Qué excitante! Quizás podamos conversar de esto algún día.

Algo destelló en los oscuros ojos del español, una fría mirada escrutadora o quizás desengañada, pero duró apenas un instante.

—Con mucho gusto, señorita.

Su tío se aclaró la garganta.

—Caballeros, temo que tendréis que disculparme.

Carly sintió la presión de su mano en el brazo.

—Tengo que hablar con mi sobrina, y debo presentarle a otros invitados.

—Por supuesto —dijo Vincent Bannister, el del pelo color arena, y sonrió amablemente a Carly—. Quizás, después, la señorita McConnell me pueda conceder un baile.

—Por supuesto que sí —contestó su tío.

Carly asintió solo con un gesto. Se sentía atrapada por los ojos oscuros y profundos del caballero español.

—Hasta luego, señorita —le dijo, inclinándose apenas y dejando aparecer otra de sus sonrisas devastadoras—. Nos volveremos a ver.

La expresión de su tío, se endureció y le apretó el brazo con más fuerza,

—Caballeros...

Sin decir más, la condujo hacia la majestuosa casa de adobe, pasaron por la pesada puerta de roble que llevaba a la sala, cruzaron un pasillo y llegaron a su despacho. Cerró la puerta.

Carly se puso nerviosa al notar la severidad de su expresión. Empezó a morderse los labios, preguntándose qué había hecho para molestarle.

—¿Qué pasa, tío Fletcher? Espero no haber hecho nada malo.

—No exactamente, querida.

Le indicó que se sentara en una de las sillas de madera tallada, junto a un enorme escritorio de roble que la antigüedad y el uso habían oscurecido. Fletcher se instaló detrás de la mesa y se acomodó en una silla de cuero negro tachonada de bronce. Abrió una caja de cristal y extrajo un largo cigarro negro.

—¿No te importa, verdad?

—Por supuesto que no, tío.

No le importaba. En realidad le gustaba el poderoso aroma del tabaco. Le recordaba a su padre y a los hombres con quienes trabajaba en la mina. Una súbita punzada de soledad, la golpeó. Alisó cuidadosamente los lazos de su falda y observó a su tío, tratando de imaginar la razón de su cambio de ánimo y en qué podría haberle disgustado.

—Eres nueva en estas tierras, Caralee. Sólo llevas tres semanas aquí. No has tenido tiempo para aprender como funcionan las cosas aquí, para aprender nuestras costumbres. Con el tiempo aprenderás, pero, entre tanto...

—¿Sí, tío?

—Entretanto, tendrás que confiar en mí para que te guíe. Tendrás que hacer exactamente lo que te diga.

—Por supuesto, tío Fletcher.

¿Qué otra cosa podía hacer? Se lo debía todo. Su educación, la hermosa ropa que llevaba, la oportunidad de una nueva vida en el Oeste, incluso la comida misma que había llenado su estómago los últimos cuatro años. A la muerte de sus padres, si no hubiera sido por su tío, habría terminado en un orfanato o en algo peor.

—Trata de comprenderme, querida. Un hombre como yo conoce a mucha gente, como Royston, Wardell y William Bannister, gente que me hace favores muy importantes. Otros son simples vecinos, como los Hollingworth, o personas que valoro por sus conexiones sociales, como la señora Winston y su marido, George, esa pareja que te presenté esta tarde. Después, están los californianos influyentes, como los Montoya... y aquellos como Don Ramón.

—¿Don Ramón? ¿Qué pasa con él?

—Mi relación con ese señor es de una naturaleza completamente distinta... Se parece más a una obligación. La familia De la Guerra ha vivido en California desde los primeros días de la presencia española. En una época, fueron ricos y poderosos, conocían a todos los políticos en mil millas a la redonda. Lo que significa que, socialmente, hay que atender a don Ramón.

—Comprendo.

—Pero, por desgracia, este hombre ya no cuenta con ese poder. Hoy en día, sus recursos económicos son limitados, y sus tierras escasas. Tiene a su cargo a su madre, a una tía anciana y a varios trabajadores que se niega a abandonar. Lo que intento decirte, es que ese hombre no está a tu altura. Espero que lo entiendas y te conduzcas de acuerdo con ello.

—No me había dado cuenta...

Pero estaba pensando que en realidad, a excepción de la hermosa ropa y de la educación que su tío le había pagado, era ella quien no estaba a la altura de este hombre.

—Las cosas son como te las cuento —corroboró su tío, en tono más firme—. Pero ahora lo sabes. Y desde este momento, Caralee, espero que aproveches la costosa educación que te he ofrecido estos últimos cuatro años. Espero que desempeñes el papel de la joven

sofisticada que ya eres, pero sobre todo, espero que te relaciones con la gente que yo te indique.

Se levantó de la silla y se inclinó hacia ella:

—¿Está claro?

—Sí, tío Fletcher.

Algo de tensión se marchó de sus hombros.

—No quiero ser duro, querida. Pero, ante todo, soy tu tutor. Y mi deber es decidir lo mejor para ti.

Quizás lo fuera. Pero no había duda estaba obligada a actuar como él quería.

—Lo siento, tío Fletcher. Te prometo que no volverá a suceder.

—Buena chica. Sabía que podía confiar en tu buen juicio. Al fin y al cabo, eres la hija de mi amada hermana Lucy.

Carly sonrió. Era evidente que su tío y su madre habían estado muy unidos. El mero hecho de saberlo le facilitaba las cosas.

Mientras caminaba a su lado, hacia la música del fandango, con el sonido de las guitarras, el aroma de la carne asada y la risa escandalosa de los vaqueros y de los amigos de su tío, se prometió que haría cuanto pudiera para complacerle. Olvidaría al guapo caballero español.

Pero cuando vio su alta silueta apoyada con elegancia y gracia en la rugosa pared de adobe de la hacienda, cuando vislumbró los destellos de plata y descubrió que sus ojos oscuros la observaban intensamente, comprobó que no le resultaría nada fácil olvidarlo.

Ramón De la Guerra bebió un trago de sangría y saboreó el exquisito vino tinto mezclado con el regusto agridulce de naranjas y limas. En el patio, Fletcher Austin presentó a su sobrina a otro grupo de anglosajones, algunos de ellos eran vecinos, pero la mayoría eran amigos que habían viajado desde YerbaBuena, o San Francisco, como ahora llamaban a la ciudad.

No se podía negar que la sobrina de Austin era una chica encantadora. Tenía una piel blanca como el marfil un cabello brillante, un rostro oval con facciones delicadas y una pequeña hendidura en la barbilla, oyó que comentaban que su belleza se podía comparar a

la de los ángeles. No era muy alta, bien proporcionada, con unos pechos redondos y una cintura increíblemente fina.

Después que les presentaron, por un momento Ramón De la Guerra, creyó que quizás era diferente de lo que había imaginado. Parecía transmitir calidez y encanto cosa que su tío carecía totalmente. Pero muy pronto, demostró ser nada más que la niña mimada y sofisticada que esperaba. Actuaba en lugar de sentir, era fría, distante y pretenciosa.

De la Guerra, había solicitado un baile a Carly cuando volvía de hablar con su tío, pero se lo había negado con modales cuidadosamente distantes y extremadamente formales. Pocos después la había visto bailar con Vincent Bannister. ¿Por qué? Bannister tenía mucho más dinero que él, y el dinero era lo que siempre buscaba una mujer como ésa.

Ramón había conocido a muchas mujeres de esa clase. Iban a Madrid a la mejor época del año, viajaban con el dinero de su marido, buscaban diversiones y excitación en una tierra lejana y extraña y eran presa fácil para un hombre como él... O quizás las cosas eran al revés...

A la luz de la luna, Ramón, entrevió un destello de cabello brillante, vio el resplandor de unos ojos esmeralda del color de un vestido, y recordó a otra de esas mujeres. Lillian Schofield. Lily, de grandes ojos azules y pelo rubio muy claro. Lily, la mujer que casi había llegado a amar.

Volvió a mirar a la sobrina de Fletcher Austin. Era más joven que Lily, pero con el tiempo se volvería igual que ella... si ya no lo era en ese momento. Sin embargo, sería interesante llevarla a la cama. Era sin duda una tentación, y el matiz de venganza que tendría contra su tío haría aún más exquisita la aventura.

Pero Austin era un hombre poderoso y, en los tiempos que corrían eso resultaría excesivamente peligroso. Y también, había otros asuntos que debía considerar.

Observó a la chica, que conversaba con Winston Wardell, otro de los acomodados amigos de su tío. Le sonreía y después rió con

suavidad por algo que le dijo Wardell. Sí, era más que tentadora. Quizás habría que esperar y ver...

—Buenas noches, don Ramón.

Alzó la vista y vio a Isabel Montoya de pie a su lado. Le sorprendió no haber notado que se acercaba.

—Buenas noches, señorita Montoya. Espero que se esté divirtiendo.

Unos labios rojos dibujaron un gracioso mohín.

—Con mi novio de viaje, en realidad no me divierto mucho. A veces no es fácil divertirse cuando uno esta solo ¿verdad?

—Sí señorita —le dijo sonriendo—. Siempre duele que un ser querido esté lejos.

Isabel sonrió dulcemente. Tenía el pelo negro y los ojos oscuros, era joven e irresistiblemente bella.

—Me preguntaba... que... quizás... como también estáis solo... podríamos divertirnos juntos.

—No creo que su prometido apruebe esta idea —le contestó, frunciendo el ceño—. Por lo demás, no está sola. También están aquí su hermana, su hermano, sus padres y Luisa, su dama de compañía.

Sus grandes ojos oscuros recorrieron su cara. Bajo la mantilla blanca de encaje, parecía aún más joven, de los dieciséis años que tenía.

—Seguro que no tiene miedo de mi padre, ni tampoco de don Carlos.

Le pasó los dedos por las solapas de la chaqueta, rozándole ligeramente. Sus ojos seguían recorriendo su rostro. La invitación era indudable.

—He oído decir que usted, cuando se trata de señoras...

La tomó por las muñecas, interrumpiendo sus palabras.

—Ha olvidado, señorita, que su prometido, don Carlos Ramírez, es amigo mío. No haré nada que amenace esta amistad.

La hizo girar sobre sus talones y la empujó suavemente hacia la dirección opuesta.

—Y en el futuro, señorita, si oigo de una conducta como la que he conocido esta noche, le aseguro que informaré a su padre. Quizás un cambio de aires bastará para que se divierta.

Se giró para encararlo, se puso muy recta, sus ojos oscuros echaban fuego. Él impidió que hablara.

—Una palabra más, niña, y lo haré ahora mismo.

—Usted... usted no sois un caballero.

—Y usted, jovencita no os estáis comportando como una señorita. Váyase ahora y la próxima vez, piense antes de abrir la boca.

Las lágrimas se acumularon en sus hermosos ojos oscuros. Y se marchó corriendo.

Ramón la contempló marcharse, pensando que quizás debiera haberla tratado con más calma. “Mujeres”, murmuró en la oscuridad. Pensó en la conducta de la joven y se preguntó si la amistad de su padre con tantos anglosajones era la razón de que se atreviera a comportarse de esa manera.

Vio a su hermano Alfredo. Se estaba acercando. Pero no fueron las palabras de Alfredo las que interrumpieron sus pensamientos. Fue el sordo golpeteo de cascos que azotaban la tierra. Un jinete irrumpió por la puerta trasera de la extensa hacienda, gritando y agitando su polvoriento sombrero de fieltro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alfredo, caminando hacia allí—. ¿Qué sucede?

—No lo sé —dijo Ramón.

Se apresuraron en dirección a los establos, donde el hombre había detenido bruscamente el caballo. Fletcher Austin, William Bannister y Royston Wardell se unieron a ellos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Austin al hombre. El hombre avanzaba hacia ellos, montado en su animal cansado cubierto de espuma.

—Es el Dragón español —dijo, casi sin aliento. ¡Ese bastardo! El Dragón ha dado un golpe en las tierras altas, en el linde con la hacienda de Hollingworth. Ha asaltado un cargamento de oro que venía desde la casa de la moneda de San Francisco.

Hollingworth se adelantó desde la oscuridad de la caballeriza. Era un hombre de más de cincuenta años, alto y delgado y algo curtido por años de duro trabajo. Reconoció al jinete como a uno de sus hombres.